

EL PINTOR DE LOS
MUERTOS

ANTONIO PUENTE MAYOR

EL PINTOR
DE LOS
MUERTOS

algaida



Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: 2022

© Antonio Puente Mayor, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-702-6

Depósito legal: SE. 101-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mis amigos artistas,
con quienes he vuelto a sentir
acuarelas en el estómago.*

«Las cuatro postrimerías
son aquellas que llamamos
Muerte, Juicio, Infierno y Gloria
(ten, cristiano, en tu memoria),
desde que al mundo llegamos».

Las cortes de la muerte
LOPE DE VEGA

INTROITO

Sevilla, 1672

CUANDO EL ECO DE LA ÚLTIMA CAMPANADA RESONÓ EN las paredes de la alcoba, los amantes ya se hallaban desnudos y preparados para el asalto.

Sobre el suelo, amontonadas en un rincón, sus ropas ejercían de testigos mudos del encuentro. Apenas unos susurros y unas risas recortadas sirvieron de preámbulo para el primer roce.

Fuera llovía intensamente, y el viento reñía con puertas y ventanas, cuya madera soportaba las embestidas con suficiencia.

Los fríos de enero habían sometido las lindes del Guadalquivir y penetrado por entre la argamasa de la barbacana, tiñendo de gris el rostro de unos sevillanos que, hacía pocas jornadas, gozaban del júbilo que proporcionaban las fiestas de la Epifanía.

Aún no se habían disipado el aroma de la arropía, el estrépito de las castañuelas y el recuerdo de las bullangas, cuan-

do las calles se vieron abocadas a la irrupción de una estación extrañamente impetuosa, que invitaba al recogimiento y la proximidad del hogar, especialmente en los días de menos luz.

—Yace el pobre, yace el rico, yacen infieles y obispos...

—Ignoraba que fueseis poeta.

—¿Cómo yacerán nuestros cuerpos cuando Dios nos llame a juicio?

—Probad este linzuelo.

—Mejor escojo el vuestro.

Tras la pausa, breve y sostenida, como una nota que se diluye en el aire, ambas siluetas reanudaron la monta, cual corzos en el pico del cielo.

La sucesión de besos, caricias y gemidos contribuyó a enardecer un recinto que, hasta ese momento, se había mantenido incólume al éxtasis prolongado. Especialmente el clandestino.

Una vez desposeídas las formas de cualquier tipo de recato, procedieron a fundirse en una sola, alimentando pliegues, saciando huecos e incautando espacios renuentes al deseo.

Desparramada la colcha y con la única compañía del cabezal de anejo —el cual, situado en la cabecera del lecho, ejercía de árbitro improvisado del lance—, una humedad caliginosa comenzó a aflorar de los intersticios de ambos cuerpos, provocando que la escena adquiriese su tono más lúbrico.

—Cubridme eternamente o ayudadme a bien morir.

—Si la parca se manifestase con vuestra opulencia, sería yo quien se arrojase en sus brazos sin vacilar.

Consumado el encuentro carnal, y tras concederse unos minutos de asueto, ambos contendientes renunciaron al tálamo y caminaron en silencio hacia el ventanal, cuyos vidrios resplandecían salpicados por decenas de gotas.

Fuera, el mundo seguía su curso, con su cotidiana algarabía apenas contraída por el temporal que azotaba campos, edificios y gentes.

La tierra, ya convertida en barro por la acumulación de agua, se ahormaba al paso de los carros tirados por bestias, mientras los aleros —labrados unos, toscos la mayoría— desafiaban a la ventisca desde lo alto de las casas, compitiendo en arrojo con las torres, los cimborrios y las espadañas.

El sol, cuya presencia había estado velada por los negros nubarrones durante el día, dio inicio a su ritual de despedida coincidiendo con la preparación de las vísperas, cuyos rezos iban acompañados de sus preceptivos cánticos en los numerosos templos de la ciudad. De ahí que, pronunciada la última sílaba del responsorio, el piso superior fuese colonizado por los sonos del *Benedictus* y el *Magnificat*, entonados por las monjas de un cercano convento.

—¿Tenéis frío?

—No.

—¿Aún deseáis jugar?

—Si os cabe alguna duda, prended ese candil y acercadme la bolsa.

Dispuestos los útiles sobre la mesa, la mano sostuvo el pincel por el mango y, tras impregnarlo de suave pigmento, comenzó a deslizar sus cerdas sobre la superficie nívea.

Con delicada parsimonia, repitió la operación una y otra vez, hasta culminar la faena. Luego se alejó unos cuantos pies, con idea de contemplar su obra desde la distancia.

Finalmente sonrió y apagó la vela.

EN LA PUERTA DE LA ALMENILLA, BAJO UNA FINA CAPA DE lluvia, un perfil se recortó ante el arco de medio punto y se dirigió entre grandes zancadas al lugar donde había emergido el cadáver. Este se hallaba privado de camisa y alumbrado de insectos, y estaba rodeado por varios curiosos. Entre otros sobresalía el dueño de una de las barcazas que cruzaban a la otra orilla, razón por la que aquel reducto hispalense, cuyo interés residía en acoger el monasterio de San Clemente e intentar frenar el habitual desborde de las aguas del Guadalquivir, había sido rebautizado como Barqueta.

Tras varias jornadas sumergido en lo más profundo del torrente, lo primero que saltaba a la vista era la maceración cutánea del cuerpo, la cual había afectado en mayor medida a las partes gruesas. A consecuencia de ello, la epidermis se exponía arrugada, luciendo un color tan blanquecino que costaba imaginar que alguna vez hubiese fluido sangre bajo ella. Al estar desprovisto de calzado, este detalle podía apreciarse nítidamente en las plantas de los pies, que lucían sucios y desnaturalizados sobre la húmeda arena; si bien eran

sus dedos, pequeños y finos, los que presentaban una mayor deformación.

—Manos de lavandera —advirtió el recién llegado, con el tono invariable de quien ha contemplado más de un cuerpo exangüe a lo largo de su existencia.

Sorprendidos por el comentario, parte del grupo se volvió instintivamente para examinarlo, descubriendo a un hombre de mediana estatura, complexión gruesa pero bien hecha, con semblante redondo, ojos vivos y color trigueño, los cuales pasaban desapercibidos ante la magnitud del bigote, cuyas puntas parecían desafiar las leyes de la gravedad, elevándose hacia los pómulos.

Su nombre era Juan de Valdés Leal, y aquella mañana en la que Sevilla había amanecido más desabrida que de costumbre, vestía completamente de oscuro, como parecía corresponder a tan luctuosa escena.

Sin perder un ápice de su tiempo, el artista se abrió paso entre los presentes y, extrayendo sus útiles para el dibujo, comenzó a plasmar las formas de aquellos restos anónimos que, expuestos al frío y la indiferencia, parecían clamar por un sepelio digno.

Bien sabía Valdés que de no ser por la intervención de los hermanos de la Santa Caridad —quienes desde su fundación se ocupaban de inhumar los restos de los ignorados—, aquel triste sería víctima del abandono, como muchos otros que a diario sufrían por la iniquidad de cada rincón de las Españas.

Pese a la reinante neblina y las tenues gotas que se precipitaban sin cesar sobre la cabeza y extremidades del virtuoso, entorpeciéndole la labor, poco a poco, el papel agarbanzado fue revelando aquel rostro inánime, cuya alma parecía pulsar cada trazo y cada línea, buscando con ello, tal vez, trascender su propio destino.

Quién le iba a decir a aquel huérfano de justicia, a quien la vida seguramente había maltratado desde la infancia, que iba a ser retratado nada menos que por Valdés Leal, pintor cuyo nombre corría de boca en boca entre los círculos más aventajados de la ciudad, y a quien se le acumulaban los encargos en los últimos tiempos. Un honor reservado únicamente a ángeles y santos, así como a figuras sacadas de las Escrituras, cuyo protagonismo era a menudo disputado por los mecenas que sufragaban las obras.

Mucho menos podía imaginar que aquellas manos que ahora inmortalizaban sus despojos, tiempo después contribuirían a darle tierra entre humaradas de incienso y susurros de responso, como correspondía a los buenos cristianos. Esa era la diferencia entre morir en Sevilla y hacerlo en cualquier otro lugar del mundo, pues, si la urbe resultaba implacable con muchos de sus hijos mientras estos se hallaban vivos, la piedad mostrada hacia ellos en la hora del trance bien compensaba la falta.

Pese a que la putrefacción apenas era visible en la parte inferior del cuello así como en la superior del tórax, el mal estado del rostro, cuyas cavidades se hallaban dilatadas y albergaban partículas de arena y restos de algas, complicaba en extremo su identificación. Esta era la razón por la que la concurrencia no había pronunciado una palabra desde la llegada de Valdés, aguardando, quizás, su veredicto.

No obstante, el artista continuaba absorto en su tarea, deslizando su mirada por la superficie de los restos —los miembros presentaban un reblandecimiento general en los tejidos, fruto de la estancia prolongada en el medio acuático—, mientras su diestra reproducía los detalles por medio del grafito; técnica que había logrado perfeccionar en Córdoba, ciudad a la que debía gran parte de su prestigio y donde había

residido hasta en dos ocasiones. Fue allí donde firmó sus primeros contratos, donde desarrolló las enseñanzas previamente adquiridas junto a su maestro sevillano, Francisco de Herrera el Viejo, y donde conoció el amor. Aunque hubo de ser durante un episodio funesto, el de la peste de 1649, cuando adquiriese una mayor destreza a la hora de representar el perfil de la muerte. Por desgracia, no fueron pocos los vecinos y amigos que sucumbieron en aquellas fechas terribles, parte de ellos en la flor de la vida y dejando atrás hijos y sueños. Algo que a Juan y su flamante esposa, Isabel Martínez de Morales y Carrasquilla, desgarró cruelmente el corazón, aunque no logró hacer lo propio con sus almas.

Tras calcular los riesgos y despedirse del inmueble que hasta ese momento había sido su referente y su refugio, ambos abandonaron la ciudad califal poniendo rumbo a Sevilla, donde pronto hallaron acomodo en la calle de las Boticas, próxima a Omnium Sanctorum, en cuya collación residía la madre del pintor. Más tarde, y a base de esfuerzo y no pocos sacrificios, la pareja se trasladaría a una casa más grande ubicada junto al hospital del Amor de Dios, entre cuyas paredes alumbrarían una familia numerosa y darían forma a sus ilusiones y proyectos.

Y es que, incluso en las labores más tediosas, Isabel tendía la mano a su marido cuando este requería de su ayuda, llegando a armar bastidores, aparejar e imprimir lienzos, mezclar pigmentos o aplicar policromía sobre distintos soportes, y todo ello sin proferir una queja.

De las terribles escenas presenciadas durante el apocalipsis al que se vio abocada la antigua capital de los omeyas —su hermana hispalense correría peor suerte—, el artista no podía borrar de su cabeza dos detalles relacionados con los óbitos. En primer lugar, la rigidez cadavérica, la cual iba acom-

pañada de un *livor mortis* o coloración rojiza-amoratada de las partes declives del cuerpo, la cual se debía a una acumulación de la sangre en dichas zonas. Y muy especialmente la expresión de horror que reflejaban los rostros, sobre todo los de aquellos pertenecientes a las clases más desfavorecidas, gentes a las que la hora suprema les había alcanzado en la más completa indefensión, y que se aferraban a la vida entre gritos lastimeros y súplicas desconsoladas. Imágenes que ingresaban por las retinas de los espectadores hasta hacerlos zozobrar, y al poco colonizaban las entrañas, provocando el dolor y la náusea. Algo a lo que sin duda contribuía el hedor producido por las heces no contenidas por los esfínteres, así como el sudor y demás secreciones expulsadas por casi todos los orificios del cuerpo.

Por suerte para los presentes, aquel anónimo arrojado por el río y regado por la persistente llovizna aún no desprendía olor, si bien, a medida que transcurriesen las horas, esta cuestión cambiaría radicalmente. De ahí que Valdés Leal aprovecharse la presencia de un niño que parecía avisado para pedirle que corriese a dar parte al diputado de entierros de la Santa Caridad. Encargo que el crío asumió con entusiasmo tras recibir una moneda.

ANTES DE DESCALZARSE Y ABANDONAR LA ESTANCIA, ANGUSTIAS permaneció unos minutos sentada y en silencio, observando una grieta que había surgido en la parte superior del tabique. Esta no era grande, y su presencia apenas alteraba el conjunto de la alcoba, por lo general sencilla, donde únicamente sobresalían un arcón de madera dispuesto a los pies de la cama y un jarrón de loza repleto de flores silvestres, que ella misma se ocupaba de recoger en sus escasos paseos extramuros.

Dicha abertura, no más ancha que la crin de un caballo, la movió a recordar a su padre, a quien una leve herida en el muslo, provocada por un apero de labranza, le había arrancado la vida dos años antes. Desde entonces, su existencia y la de sus hermanos no había vuelto a ser la misma. Al quedarse huérfanos —su madre falleció durante el parto de su tercer retoño—, la joven se vio obligada a cuidar de la casa y de los dos críos, mientras su progenitor, un hombre recio pero de espíritu noble, llevaba el pan a la mesa a cambio de quebrarse el lomo de sol a sol.

Apenas había superado la treintena cuando el Omnipotente quiso llevárselo, trayendo la desolación a la familia y condenando a Angustias a realizar trabajos de toda índole para poder subsistir.

El día que lo enterraron, merced a la caridad de la gente del pueblo, y mientras escuchaba a don Fructuoso susurrar una oración en latín, la muchacha hizo un juramento: jamás volvería a pisar una iglesia, ni mirar al cielo, ni rezar.

Si el Dios de sus padres había decidido arrancarlos de su hogar sin contar con su opinión ni la de sus hermanos, no era digno de ocupar sus pensamientos.

Por contra, haría cuanto estuviese en su mano para sacar adelante a los suyos, a riesgo incluso de perder la honra.

Esta lucha desesperada por sobrevivir la llevaría a fregar suelos, remendar ropa e incluso servir comidas en una venta a las afueras del municipio.

Hasta que un señor viudo se cruzó en su camino durante una de sus excursiones ribereñas y le propuso trasladarse a su residencia, ubicada en la collación sevillana de San Lorenzo. A cambio, él pagaría a una vecina del pueblo para que cuidase de los pequeños y les proveyese de todo lo necesario.

En su nuevo destino, Angustias se emplearía dentro de una servidumbre extrañamente escueta para la posición de su amo, y mucho menos para la majestuosidad del edificio, la cual estaba compuesta por un criado mayor que desempeñaba la función de secretario, un cochero, dos lacayos y un portero, completando el servicio cuatro criadas, además de la recién llegada, cuyas funciones estaban relacionadas con el mantenimiento de la vivienda. Ese número impar en el conjunto de féminas parecía explicar por qué la muchacha no compartía habitación con ninguna compañera. O al menos eso caviló al ingresar en el inmueble durante una calurosa tarde de junio.

Esa misma noche, al ser visitada de improviso en su cuarto, conocería que aquella circunstancia, lejos de beneficiarla, le acarrearía un sufrimiento terrible.

De ahí que aquella mañana de invierno, en que las cicatrices del alma competían con las del cuerpo, Angustias decidiese dar un paso en firme para huir del infierno en que se había convertido su vida. Antes prefería mendigar que ser objeto de tantas laceraciones en la mente y los huesos.

Por eso, mientras se alzaba de la cama y recogía el hatillo con el que se lanzaría al vacío, apretó los dientes e ignoró el sudor frío que comenzaba a aflorar en su espalda. Dicho paquete incluía un par de candelabros que, con la firmeza que le imprimían los recuerdos de su humillación, se había aventurado a sustraer de uno de los salones. Si todo iba bien, dicha plata le ayudaría a iniciar una nueva vida junto a sus hermanos, a los que pensaba recuperar en cuanto fuese posible.

Sigilosamente, abrió la puerta, salió presurosa a la crujiá y, tras volver a cerrarla con celo, comenzó a recorrer los metros que la separaban del patio porticado, cuyas columnas de mármol rosado enmarcaban la preciosa escalera, de caja cerrada, que tanto le había impresionado el día de su llegada.

No iba a resultar sencillo acostumbrarse a una vida lejos de aquel palacio; ni para bien ni para mal. Y es que, en los tiempos que corrían, comer dos veces al día y tener un techo bajo el que cobijarse, resultaba todo un lujo para las personas de su condición. Máxime con el estigma que ella arrastraba.

Pese a todo, Angustias mantuvo la sangre fría y caminó decidida hacia el portón utilizado por los criados, el cual se ubicaba en la parte trasera de la casa, sabedora de que, a aquellas horas del día, este ya estaría despejado para recibir el pan y otras viandas destinadas a las cocinas. Desde hacía un buen rato, venía rumiando la excusa que daría a su compañera Fran-

cisca en caso de que esta la interceptase en su apresurada huida. Desde hacía unos meses, y debido a la pérdida de uno de sus hijos durante la quema de Panamá, le resultaba imposible pegar ojo más de dos horas seguidas. Mientras que el portero y los lacayos, ubicados en la parte oeste de la vivienda, y normalmente ajenos a la actividad de las criadas, no debían suponerle un problema para ejecutar su plan.

Afortunadamente, la muchacha no hubo de recurrir a ninguna farsa, pues una vez superado el patio, desde la crujió que conducía a la despensa solo le restaban diez metros para alcanzar la libertad. Pese a todo, se detuvo unos segundos junto a la pared, para tomar aire, templarse los nervios y calcular el último movimiento.

Cualquiera que hubiese estado a su lado en esos momentos habría escuchado el eco de sus latidos o respirado el aroma de su miedo. No en vano su cuerpo, menudo aunque bien formado, parecía temblar de arriba abajo; al igual que su rostro, ligeramente alargado y salpicado de pecas, donde sobresalían unos bonitos ojos verdes.

Una vez que se hubo calmado y hubo comprobado que nadie la observaba —ya había perdido la cuenta de las veces que había girado el cuello—, Angustias volvió a apretar los dientes, y tras apartarse un par de cabellos negros de la frente, volvió a enderezar el rumbo.

Lo primero que haría al pisar la calle sería cerrar los ojos y abrir las fosas nasales para aspirar el aire con todas sus fuerzas. Luego se dejaría acariciar la piel por la lluvia que, desde el día anterior, empapaba el suelo y las fachadas, para de ese modo sentirse limpia.

Más tarde transitaría por las calles en dirección norte, en busca de los senderos que, allende las murallas, conducían hasta las tierras de Badajoz, zona próxima a Portugal en donde

podría ocultarse en caso de necesidad. Dado que la Macarena era el barrio por donde los comerciantes de vino solían ingresar su mercancía, no le resultaría difícil acceder a alguno de ellos para que la subiese en su carro.

Otra opción, quizás más segura, sería buscar el postigo del Cuco, el cual utilizaban los vecinos de Ancha de la Feria para evitar los controles de mercancías de las puertas principales. Este era apenas una grieta, llamada así por las aves que anidaban en su entorno, pero para su objetivo resultaba perfecta.

Todos estos pensamientos, sumados a su deseo incontrollable de comenzar una nueva vida y volver a abrazar a sus hermanos, le hicieron perder la concentración durante un instante, lo que provocó que golpease sin querer una carretilla que se encontraba pegada al muro exterior. Este hecho suscitó que se le congelase la sangre en las venas. Tanto que sintió que le flaqueaban las piernas.

Pese a todo, una voz interior la conminó a armarse de valor y salir de allí cuanto antes, para lo cual volvió a elevar por enésima vez sus ojos por encima del hombro y dio los últimos pasos hasta situarse en la puerta.

Fuera, la temperatura era mucho más baja que en el conjunto del edificio, y los reflejos del agua, que durante la noche había logrado encharcar el paisaje hasta convertirlo en inhóspito, aportaban la única luminosidad a una estampa propia del mes de enero.

Angustias no solía amedrentarse ante la amenaza del frío. Desde que era una niña, y pese a los esfuerzos de su madre, se había acostumbrado a la escasez de leña y cocido, y no habían sido pocos los inviernos en los que había sufrido la tortura de los sabañones y el rigor de las heladas, especialmente cuando debía sacar agua del pozo o descender hasta el río para lavar la ropa.

Ya había puesto un pie en el exterior —que en su caso equivalía a la mitad de su alma— cuando un grito procedente de las estancias superiores la detuvo en seco.

Era la voz de Francisca, y por el tono y volumen empleados, supo de inmediato que debía regresar.

Rota por dentro, pero consciente de la gravedad de la situación, volvió a ingresar en la despensa y desandar todos sus pasos, no sin antes depositar la bolsa tras una enorme tinaja.

Mientras corría desbocada hacia el patio, Angustias no dejaba de escuchar el eco de la criada, a quien no había visto perder tanto el equilibrio desde que le comunicaron la muerte de su hijo.

Tal era su estado de ansiedad, que no reparó en que, mientras se precipitaba hacia el interior del palacio, se había alzado las ropas más de la cuenta, dejando a la vista parte de su anatomía; detalle que no pasó desapercibido para el secretario, quien, desde una de las ventanas de la galería, la descubrió mientras corría.